

LA POLILLA LUNAR

JACK VANCE

La casa flotante fue construida de acuerdo con las normas más exigentes de la artesanía de Sirene; es decir, tan cerca de la perfección como el ojo humano podía distinguir. En la cubierta de madera oscura encerada no se veían juntas; las tablas estaban aseguradas con clavos de platino embutidos. La embarcación era maciza, amplia de manga, estable como la costa misma, y sus líneas no revelaban pesadez ni lentitud. La proa se ensanchaba como el pecho de un cisne; la alta tajamar se curvaba hacia delante para sostener un fanal de hierro. Las puertas estaban cortadas en una sola pieza de madera vetada verdinegra; las ventanas llevaban múltiples paneles de mica teñida de rosa, azul violeta y verde claro. La proa estaba destinada a finalidades prácticas y a los camarotes de los esclavos; en el centro de la embarcación había dos dormitorios, un comedor y un salón que se abría sobre la cubierta de observación situada a popa.

Se trataba de la casa flotante de Edwer Thissell, pero a su propietario no le daba placer ni orgullo. Se encontraba en un estado deplorable: las alfombras raídas, los mamparos descantillados, el fanal de proa herrumbrado. Setenta años antes el primer propietario, al recibir la embarcación, había sido honrado, y honrado su constructor, pues la transacción (un proceso que representaba mucho más que un simple dar y tomar) aumentaba el prestigio de ambos. Eso era historia antigua; ahora no se derivaba el menor prestigio de la casa flotante. Edwer Thissell, que sólo llevaba tres meses en Sirene, reconocía esa carencia, pero nada podía hacer al respecto. La embarcación fue la mejor que pudo conseguir. Se hallaba sentado en la cubierta practicando con el *ganga*, un instrumento del tipo de la cítara, apenas mayor que su mano. A cien metros, las olas delimitaban una franja de playa blanca; más allá se iniciaba la jungla, y en el horizonte se destacaba la silueta de unas negras sierras escarpadas. Mireille, en el cielo blanco, se veía brumoso, como a través de una tela de araña; la superficie del océano se ahuecaba y reagrupaba destellos de nácar. La escena se había hecho tan familiar —aunque menos aburrida— como el *ganga* en el que había practicado, durante dos horas, escalas sirenesas, arpegios, y progresiones simples. Dejó el *ganga* y tomó el *zachinko*: una pequeña caja de resonancia, con teclas que se tocaban con la mano derecha. La presión hacía pasar el aire por lengüetas situadas en las teclas mismas, produciendo un sonido similar al de la concertina. Thissell ejecutó una docena de rápidas escalas, con muy pocos errores. De los seis instrumentos que se propuso estudiar, el *zachinko* le resultaba el menos difícil (a excepción, naturalmente, del *hymerkin*, artificio de piedra y madera que replica y castañetea y se usa exclusivamente con los esclavos).

Thissell practicó diez minutos más, y luego dejó el *zachinko*. Estiró los brazos y entrelazó sus dedos doloridos. Desde su llegada, había dedicado íntegramente su tiempo, cuando no dormía, al *hymerkin*, el *ganga*, el *kiv*, el *strapan* y el *gomapard*. Había practicado escalas en cuatro modos y diecinueve claves, innumerables acordes, intervalos jamás imaginados en los Planetas Centrales. Trinos, arpegios, ligaduras, nasalizaciones; armónicos aumentados y en sordina; vibratos y disonancia de acordes; concavidades y convexidades. Se ejercitaba con una tenacidad inquebrantable; había perdido mucho antes su idea original de la música como una fuente de placer. Thissell miró los instrumentos y refrenó la tentación de arrojar los seis al Titánico.

Se levantó, atravesó el salón y el comedor, rodeó la cocina por un pasillo y alcanzó la cubierta de proa. Se inclinó sobre la baranda y escudriñó las jaulas subacuáticas; Toby y Rex, los esclavos, enjaezaban los peces de tiro para el viaje semanal a Fan; a catorce kilómetros al norte. El pez más joven, inquieto o juguetón, brincaba y se zambullía. Su hocico negro emergió a la superficie, chorreando, y Thissell lo miró con peculiar repugnancia: ¡el pez no llevaba máscara!

Rió, incómodo, mientras tocaba su propia máscara, la Polilla Lunar. Sin duda alguna, se estaba acostumbrando a Sirene. Había llegado a una nueva etapa si la cara descubierta de un pez le disgustaba.

Finalmente, el pez quedó sujeto. Toby y Rex treparon a bordo, con los rojos cuerpos mojados y sus rostros cubiertos por máscaras de tela negra. Ignorando a Thissell, estibarón las jaulas y levaron ancla. Los peces de arrastre se esforzaron, los arneses se estiraron y la casa flotante avanzó hacia el norte.

Thissell regresó a la cubierta posterior y tomó el *strapan*, una caja circular de veinte centímetros de diámetro. Cuarenta y seis cuerdas metálicas irradiaban desde un eje central hacia la periferia, donde estaban unidas a una campanilla o bien a una barra metálica. Si se punteaban las cuerdas, repiqueteaban las campanillas y vibraban las barras; si se rasgueaban se obtenía un son profundo y tintineante. Bien tocado, el *strapan* producía disonancias agradablemente ácidas de expresivo efecto; en manos profanas, el resultado era menos feliz y podía aproximarse al ruido aleatorio. Era el instrumento que Thissell menos dominaba, y se concentró en su práctica durante todo el viaje al norte.

A su debido tiempo, la embarcación llegó a la ciudad flotante. Se refrenó a los peces de arrastre y se amarró la casa al muelle. Una hilera de ociosos pesaba y medía cada aspecto de la casa flotante, de los esclavos y del mismo Thissell, conforme a la costumbre sirenesa. Thissell, que aún no se habituaba a esa minuciosa inspección, la encontró turbadora, sobre todo a causa de la inmovilidad de las máscaras. Preocupado por su apariencia, ajustó su propia Polilla Lunar y trepó por la escalerilla.

Un esclavo en cuclillas se irguió, se tocó la frente enmascarada por un trapo negro con los nudillos y canturreó una frase interrogante en tres tonos:

—¿Acaso la Polilla Lunar que contemplo, expresa la identidad de Ser Edwer Thissell?

Thissell golpeteó el *hymerkin* que llevaba pendiente del cinturón y cantó:

—Soy Ser Thissell.

—He sido honrado con una misión —cantó el esclavo—. Aguardé en el muelle tres días del alba al poniente; del poniente al alba me tendí en una balsa bajo el embarcadero oyendo los pasos de los Hombres de la Noche. Por fin he visto la máscara de Ser Thissell.

Thissell arrancó al *hymerkin* un sonsonete impaciente.

—¿Cuál es la naturaleza de tu misión?

—Traigo un mensaje, Ser Thissell.

El nombrado extendió su mano izquierda, mientras tocaba el *hymerkin* con la derecha.

—Dame el mensaje.

—Inmediatamente, Ser Thissell.

En el sobre podía leerse lo siguiente:

¡COMUNICADO DE EMERGENCIA! ¡URGENTE!

Thissell rasgó el sobre, abriéndolo. El mensaje estaba firmado por Castel Cromartin, director ejecutivo de la Junta Intermundial de Policía, y, después del ceremonioso saludo, decía:

«Las siguientes órdenes deben ejecutarse con la máxima diligencia. El notorio asesino Haxo Angmark viaja a bordo del *Carina Cruzeiro* rumbo a Fan. Fecha de llegada, 10 de enero T.U. Con las fuerzas adecuadas, arreste y encarcele a ese hombre al desembarcar. Esta orden debe ser realizada con éxito; todo fracaso se considerará inaceptable.

»¡ATENCIÓN! Haxo Angmark es peligroso en grado sumo. Debe matarle ante la menor muestra de resistencia.»

Thissell estudió el mensaje, consternado. No esperaba nada similar al venir como representante consular a Fan; no tenía competencia ni vocación para la captura de asesinos peligrosos. Meditativamente, se rascó la velluda mejilla gris de la máscara. La situación no era totalmente desesperada; sin duda Esteban Rolver, director del espaciopuerto, cooperaría; y quizá le suministrara un pelotón de esclavos.

Thissell releyó el texto, con más esperanzas. Día 10 de enero, Tiempo Universal... Consultó un calendario de conversión. Hoy era 40 de la Estación del Néctar Amargo... Thissell recorrió la columna con el dedo y se detuvo. 10 de enero. Precisamente el día de hoy.

Un murmullo lejano atrajo su atención. Una sombra oscura emergía de la niebla: el transporte de desembarco regresaba del *Carina Cruzeiro*.

Thissell leyó una vez más la nota, alzó la cabeza y miró la barca aérea. En ella debía venir Haxo Angmark. En cinco minutos éste pisaría el suelo de Sirene. Las formalidades de desembarco lo retendrían quizá veinte minutos. El campo de aterrizaje se encontraba a dos kilómetros de Fan, por un camino que serpenteaba entre las colinas.

Thissell se volvió al esclavo:

—¿Cuándo llegó este mensaje?

El hombre se inclinó hacia delante, sin comprender. Thissell reiteró la pregunta cantando, al ritmo del *hymarkin*:

—El mensaje. ¿Cuánto tiempo has gozado del honor de custodiarlo?

El esclavo cantó:

—He aguardado largos días en el muelle, retirándome a la balsa sólo al caer la noche. Mi espera ha sido recompensada; he visto a Ser Thissell.

Thissell se volvió y caminó furioso por el muelle. ¡Torpes e ineficaces sireneses! ¿Por qué no le habían llevado el mensaje a la casa flotante? Sólo quedaban veinticinco minutos..., veintidós para ser exactos.

Thissell se detuvo en la explanada, mirando a derecha e izquierda, esperando un milagro; algún tipo de transporte aéreo que lo llevara al espaciopuerto, donde, con la ayuda de Rolver, aún sería posible detener a Haxo Angmark. O mejor aún, un segundo mensaje que cancelara el primero. Algo, cualquier cosa... Pero no había taxis aéreos en Sirene, y no llegó un segundo mensaje.

Al otro lado de la explanada se alzaba una hilera de construcciones permanentes de hierro y piedra, y por tanto inmunes al ataque de los Hombres de la Noche. Una de ellas era una caballeriza; y mientras Thissell miraba, vio salir a un hombre con una espléndida máscara de perlas y plata jineteando una de las criaturas similares a lagartos de Sirene.

Ante los establos, el caballerizo examinaba solícito a sus animales; de vez en cuando pulía una escama o ahuyentaba un insecto. Había cinco bestias en excelentes condiciones, casi tan altas como un hombre, con sólidas patas, gruesos cuerpos y pesadas cabezas triangulares. De las patas delanteras, artificialmente alargadas y curvadas hasta convertirse casi en círculos, pendían anillos de oro. Sus escamas habían sido pintadas con arabescos: verde y púrpura, naranja y negro, azul y rojo, rosa y castaño, amarillo y plata.

Thissell se detuvo, sin aliento, ante el caballerizo. Buscó su *kiv*⁽¹⁾, pero vaciló. ¿Podía considerarse que éste era un encuentro personal casual? ¿Sería más conveniente el *zachinko*? Sin embargo, la explicación de sus necesidades no parecía exigir un planteamiento formal. Mejor era el *kiv*. Tocó un acorde, y descubrió que, por error, había tomado su *ganga*. Thissell sonrió pidiendo excusas debajo de la máscara. Su relación con el caballerizo no era de ningún modo íntima. Esperaba que el hombre tuviera un temperamento dinámico, y de cualquier modo la urgencia de la situación no le dejaba tiempo para elegir el instrumento apropiado. Tocó un segundo acorde, con tanta precisión como se lo permitían su desasosiego y su falta de aliento y habilidad y entonó:

—Ser Caballerizo, necesito una cabalgadura rápida. Permítame elegir una.

El caballerizo usaba una máscara de considerable complejidad que Thissell no pudo identificar. Estaba hecha de tela marrón brillante y piel gris tableada, y llevaba en la frente dos enormes globos de color rojo y verde, multifacetados, como ojos de insecto. Estudió largamente a Thissell y después de elegir con toda deliberación su *stemic*⁽²⁾, ejecutó una brillante progresión de trinos y rondas cuyo sentido Thissell no pudo interpretar. El caballerizo cantó:

—Ser Polilla Lunar, temo que mis animales sean inadecuados para una persona tan distinguida.

—Thissell rasgó su *ganga* con sinceridad:

—De ningún modo; todos me parecen adecuados. Tengo mucha prisa y gustosamente aceptaré cualquiera.

El caballerizo tocó un ágil e impetuoso crescendo.

—Ser Polilla Lunar, las cabalgaduras están sucias y enfermas. Me halaga que las considere dignas; pero no puedo aceptar el honor que me ofrece —cambió de instrumento y arrancó una fría vibración de su *krodatch*⁽³⁾— y por alguna razón no he logrado reconocer al buen compañero y hermano artesano que me aborda tan familiarmente con su *ganga*.

La implicación era obvia: Thissell no recibiría una cabalgadura. Se volvió y echó a correr hacia el campo de aterrizaje. A sus espaldas repiqueteó el *hymerkin* del caballero, dirigiéndose a sus esclavos o quizás al mismo Thissell. Éste no se detuvo para averiguarlo.

El anterior representante consular de los Planetas Centrales en Sirene había sido asesinado en Zundar. Enmascarado como un Bravo de Taberna, abordó a una muchacha con las cintas de las Actitudes Equinocciales; ese despropósito hizo que fuera decapitado al instante por un Demiurgo Rojo, un Hada del Sol y una Avispa Mágica. Edwer Thissell, recientemente graduado, fue designado su sucesor. Se le concedieron tres días para prepararse. Como poseía un carácter contemplativo y hasta cauteloso, Thissell consideró que el nombramiento era un desafío. Aprendió el lenguaje sirenés con técnicas subcerebrales y no lo encontró complicado. Posteriormente en el Diario de Antropología Universal, leyó lo siguiente:

«La población del litoral Titánico es muy individualista, quizás a causa del generoso entorno que no recompensa especialmente las actividades en grupo. El lenguaje refleja esa característica, y expresa el estado de ánimo del individuo y su actitud emocional con respecto a una situación dada. La información real es considerada como secundaria. Además, dicho lenguaje es cantado, normalmente con el acompañamiento de pequeños instrumentos. La consecuencia es que resulta muy difícil la determinación de los hechos en el caso de los nativos de Fan o de la ciudad prohibida de Zundar, quienes nos obsequiarán en cambio con elegantes arias o con demostraciones de sorprendente virtuosismo en uno u otro de sus numerosos instrumentos. El visitante de este fascinante mundo —si no desea ser tratado con el más tremendo desdén— debe aprender por lo tanto a expresarse según las formas locales establecidas.»

Thissell hizo una anotación en su agenda: «Buscar pequeños instrumentos musicales, así como instrucciones para utilizarlos». Luego continuó leyendo:

«En todas las regiones y en cualquier época del año los alimentos son abundantes, por no decir superfluos, y el clima benigno. La población, que posee gran reserva de energía racial y tiempo libre, se ocupa sobre todo de la sofisticación. Sofisticación en todas las cosas: artesanía sofisticada, como la que se ve en los paneles labrados que adornan las casas flotantes; símbolos sofisticados, como las máscaras que todos usan; el intrincado lenguaje semimusical que expresa admirablemente sutiles emociones y estados de ánimo, y sobre todo la fantástica sofisticación de las relaciones interpersonales. Prestigio, apariencia, *mana*, gloria, fama: todo eso se resume en la palabra sirenesa *strakh*. Todo hombre posee su *strakh* particular, el cual determina si, cuando necesite una casa flotante, sería inducido a procurarse un palacio adornado con piedras preciosas, linternas de alabastro, preciosas mayólicas y maderas labradas, o si por el contrario se le permitirá de mala gana alojarse en una choza sobre una balsa. No hay en Sirene medios de intercambio: la única moneda corriente es el *strakh*...»

Thissell se frotó el mentón y siguió leyendo:

«Las máscaras se usan en todo momento, en consonancia con la filosofía según la cual uno no debe ser obligado a mostrar una imagen que le es impuesta por factores que escapan a su

control, sino que debe gozar de libertad para elegir el aspecto exterior más acorde con su propio *strakh*. En el área civilizada de Sirene —lo que equivale a decir en el litoral Titánico— nadie muestra su rostro bajo ninguna circunstancia; eso constituye el secreto básico de cada cual.

»Por el mismo motivo, no se conoce el juego en Sirene; para la dignidad de un sirenés, sería catastrófico aventajar a otros valiéndose de otros recursos que no fuesen el ejercicio de su *strakh*. La palabra “suerte”, no tiene equivalente en lengua sirenesa.»

Thissell hizo otra anotación: «Conseguir máscara. ¿Museo? ¿Asociación teatral?»

Concluyó la lectura, se apresuró a completar sus preparativos y al día siguiente embarcó en el *Robert Astroguard* para la primera etapa del viaje a Sirene.

El transbordador se posó sobre el espaciopuerto sirenés, un disco topacio aislado entre las sierras negras, verdes y purpúreas. Edwer Thissell descendió y fue recibido por Esteban Rolver, el agente local de Spaceways, quien de inmediato alzó las manos y retrocedió un paso.

—Su máscara —exclamó con voz ronca—. ¿Dónde está su máscara?

Thissell la alzó, con cierta preocupación.

—No estaba seguro... —comenzó.

—¡Póngasela! —dijo Rolver, mientras se apartaba.

Él llevaba una de madera lacada de color azul, con escamas verde oscuro, unas plumas negras que brotaban de las mejillas y un pompón cuadriculado, blanco y negro, debajo del mentón. El efecto general era el de una personalidad flexible y sardónica.

Thissell ajustó su máscara, indeciso entre hacer una broma acerca de la situación o mantener la reserva apropiada a la dignidad de su cargo.

—¿Ya está enmascarado? —preguntó Rolver.

Thissell respondió afirmativamente y Rolver se volvió hacia él. La máscara ocultaba su expresión, pero su mano se deslizó de modo inconsciente hacia un instrumento con teclas que llevaba atado al muslo, del que brotó un trino de asombro y de cortés consternación.

—No puede usar esa máscara —cantó—. ¿Dónde la consiguió?

—Es una copia de otra que se encuentra en el museo de Polípolis —declaró Thissell secamente—. Estoy seguro que es auténtica.

Rolver asintió. Su máscara parecía más sardónica que nunca.

—Ya lo creo que sí. Es una variante del tipo conocido como Conquistador del Dragón Marino, y la usan en ocasiones ceremoniales personas de inmenso prestigio: príncipes, héroes, maestros artesanos y grandes músicos.

—Lo ignoraba...

Rolver hizo un lánguido gesto de comprensión.

—Aprenderá esas cosas a su tiempo. Observe mi máscara. Hoy utilizo una de Pájaro del Lago. Las personas de escaso prestigio, como usted, como yo, o como cualquier otro forastero, usan este tipo de máscara.

—Es curioso —dijo Thissell, mientras comenzaba a caminar hacia un edificio bajo de cemento—. Yo creía que cada persona usaba la máscara que le agradaba.

—Puede llevar la máscara que le agrade, si se atiene usted a las consecuencias. Por ejemplo, la mía indica que yo no presumo de nada, que no destaco por mi sabiduría, ferocidad, versatilidad, genio musical, truculencia, ni por ninguna otra docena de virtudes sirenesas.

—Por pura curiosidad, ¿qué ocurriría si yo anduviera con esta máscara por las calles de Zundar?

Rolver se echó a reír, aunque su risa sonaba amortiguada.

—Si anduviese usted por los muelles de Zundar, ya que no hay calles, con ésa o con cualquier otra, lo matarían antes de una hora. Eso fue lo que le ocurrió a Benko, su predecesor. No sabía cómo actuar. Ninguno de nosotros, los forasteros, sabe cómo actuar en este lugar. En Fan somos tolerados siempre que nos mantengamos en nuestro lugar. Pero con esa máscara ni siquiera podría pasearse por Fan. Alguien que llevara la Serpiente de Fuego o un Duende del Trueno, me refiero a las máscaras, desde luego, le cortaría el paso. Tocaría luego el *krodatch*; y si usted no desafiaba su osadía con una frase de *skaranyi*⁽⁴⁾, un instrumento verdaderamente diabólico, continuaría con el *hymerkin*, que se usa para hablar con los esclavos. Ésa es la expresión insultante por excelencia. O también podría tañer su gong de duelos y atacarle de inmediato.

—No tenía idea que los sireneses fueran tan irascibles —repuso Thissell en voz baja.

Rolver se encogió de hombros y abrió la maciza puerta de acero de su despacho.

—También pueden cometerse acciones dudosas, sin provocar críticas, en la junta de Polípolis.

—Sí, es verdad —reconoció Thissell, mientras examinaba el despacho—. ¿Por qué tanta seguridad: cemento, acero...?

—Protección contra los salvajes. De noche bajan de las montañas, roban lo que encuentran y matan a cualquiera que vean al descubierto. —Se acercó a un armario y sacó de él una máscara—. Use esta Polilla Lunar. No le meterá en líos.

Thissell la miró sin entusiasmo. Estaba hecha de piel grisácea; tenía un mechón de pelo a cada lado de la boca y dos antenas como plumas en la frente. Unos volantes de encaje blanco sobre las sienes y una serie de pliegues rojizos debajo de los ojos le daban un efecto a la vez cómico y lúgubre.

Thissell preguntó:

—¿Esta máscara supone algún grado de prestigio?

—Pues..., no mucho.

—Después de todo, soy el representante consular de los Planetas Centrales y de cien mil millones de personas...

—Si los Planetas Centrales desean que su representante use una máscara de Conquistador del Dragón Marino, deberían enviar a un hombre adecuado como Conquistador del Dragón Marino.

—Comprendo —dijo Thissell, sumiso—. Bien, si es indispensable...

Rolver desvió la mirada mientras Thissell se quitaba la máscara de Conquistador del Dragón Marino y se ponía la menos llamativa de Polilla Lunar.

—Supongo que podré encontrar algo más apropiado en alguna tienda. Si he comprendido bien, basta entrar y elegir lo que uno necesita, ¿no?

Rolver contempló de modo crítico a Thissell.

—Esa máscara, al menos por el momento, es perfectamente apropiada. Y es de suma importancia no tomar nada en la tienda cuando no se conoce el valor de su *strakh*. El propietario pierde prestigio si una persona de bajo *strakh* se lleva su mejor trabajo.

Thissell movió la cabeza, exasperado.

—No me explicaron nada de eso. Estaba enterado de lo de las máscaras, desde luego, y de la concienzuda integridad de los artesanos, pero esa insistencia en el prestigio y el *strakh*...

—No tiene importancia. Dentro de uno o dos años empezará a saber comportarse. ¿Habla el idioma?

—Sí, por supuesto.

—¿Y qué instrumentos toca?

—Bueno... Me indicaron que cualquier instrumento pequeño era suficiente, o que podía limitarme a cantar.

—Nada de eso. Sólo los esclavos cantan sin acompañamiento. Le sugiero que aprenda a ejecutar lo antes posible los siguientes instrumentos: el *hymerkin*, para los esclavos; el *ganga*, para una conversación con personas que se conocen íntimamente o que son algo inferiores en *strakh*. El *kiv* para un casual intercambio cortés. El *zachinko* para una relación de mayor formalidad. El *strapan* o el *krodatch*, si se dirige a alguien socialmente inferior o, en su caso particular, si desea insultar a alguien. El *gomapard*⁽⁵⁾ o el *kamanthil doble*⁽⁶⁾ para las ceremonias. —Meditó un instante y continuó—. El *crebarin*, el *slobo* y el *laúd de agua* también son muy útiles..., pero quizá sea más conveniente que aprenda los otros antes. Al menos dispondrá de un medio rudimentario de comunicación.

—¿No exagera usted? —insinuó Thissell—. ¿O está bromeando?

Rolver dejó escapar su risa melancólica.

—De ninguna manera. De todos modos, lo primero que necesita es una casa flotante. Y luego, esclavos.

Rolver condujo a Thissell desde el campo de aterrizaje hasta los muelles de Fan. Un agradable paseo de hora y media por un sendero bordeado de enormes árboles cargados de fruta, vainas de cereal y cápsulas de savia azucarada.

—En este momento —dijo Rolver— sólo hay cuatro forasteros en Fan, contándole a usted. Lo llevaré a ver a Welibus, nuestro agente comercial... Creo que tiene una casa flotante vieja y quizás le permita usarla.

Cornely Welibus vivía desde hace unos quince años en Fan, adquiriendo suficiente *strakh* para llevar con todo derecho su máscara de Viento del Sur. Ésta consistía en un disco azul incrustado de lapizlázuli y rodeado por una aureola de brillante piel de víbora. Más directo y cordial que Rolver, no sólo le dio a Thissell su casa flotante, sino también un par de esclavos y una veintena de instrumentos musicales diferentes.

Turbado por su generosidad, Thissell balbuceó algo acerca de pagar, pero Welibus le interrumpió con un gesto amplio:

—Querido amigo, aquí estas minucias no valen nada.

—Pero una casa flotante...

Welibus ejecutó en su *kiv* un refinado floreo.

—Debo ser sincero, Ser Thissell. La embarcación es antigua y está algo deteriorada; yo no puedo permitirme usarla. Mi prestigio se resentiría. —Una graciosa melodía acompañaba sus palabras—. Usted aún no necesita preocuparse por su prestigio; lo que le hace falta es una casa, comodidad, y estar a salvo de los Hombres de la Noche.

—¿Los Hombres de la Noche?

—Los caníbales que vagan por la costa después de oscurecer.

—Ah, sí. Ser Rolver me habló de ellos.

—Cosas horribles. No los mencionemos ahora.

Un breve y estremecedor trémolo brotó de su *kiv*.

—En cuanto a los esclavos —golpeó con el dedo índice el disco azul de su máscara—. Rex y Toby le servirán bien. —Alzó la voz y se acompañó de un rápido golpeteo en su *hymerkin*—. ¡*Avan esx trobu!*

Apareció una esclava vestida con una docena de ajustadas cintas de tela rosada y una elegante máscara negra adornada con placas circulares de nácar.

—*Fascu etz Rex ae Toby.*

Aparecieron luego los nombrados, con ligeras máscaras de tela negra y chalecos de piel. Welibus se dirigió a ellos con un sonoro repique, informándoles que debían servir a un nuevo amo, so pena de retornar a sus islas nativas. Ambos, postrados, entonaron su promesa de servir a Ser Thissell con suaves voces graves. Thissell, nervioso, intentó una frase en sirenés.

—Vayan a la casa flotante, límpiennla bien, lleven comida.

Toby y Rex miraron inmóviles a través de los agujeros de sus máscaras. Welibus repitió las órdenes con acompañamiento de *hymerkin*. Los esclavos se inclinaron y salieron.

Thissell contemplaba con angustia los instrumentos.

—No sé cómo aprender a usar esas cosas.

Welibus se volvió a Rolver.

—¿Y Kershaul? ¿No podríamos pedirle que diera alguna instrucción básica a Ser Thissell?

Rolver asintió con prudencia.

—Quizá lo hiciera.

Thissell preguntó:

—¿Quién es Kershaul?

—El tercer miembro de nuestro pequeño grupo de expatriados —respondió Welibus—. Un antropólogo. ¿No ha leído usted *Zundar la maravillosa*? ¿*Rituales de Sirene*? ¿*El pueblo sin rostro*? ¿No? Es una pena. Todas son obras excelentes. Kershaul posee un gran prestigio, y según creo visita Zundar de vez en cuando. Usa un Búho de las Cavernas, y en ocasiones un Vagabundo Estelar y hasta un Árbitro Sabio.

—Ahora lleva la Serpiente Ecuatorial —agregó Rolver—. El modelo de colmillos dorados.

—¿De veras? —respondió Welibus, con asombro—. Pues bien, se lo merece. Es una persona espléndida, y un buen amigo.

Y luego desgranó un pensativo acorde en su *zachinko*.

Pasaron tres meses, Thissell, instruido por Matthew Kershaul, practicaba el uso del *hymerkin*, el *ganga*, el *strapan*, el *kiv*, el *gomapard* y el *zachinko*. Según Kershaul, el *kamanthil doble*, el *krodatch*, el *slobo*, el *laúd de agua* y muchos otros podían esperar hasta que Thissell dominara los seis instrumentos básicos. Le prestó registros de famosas conversaciones sirenas en varias modalidades y acompañamientos, para que Thissell pudiera aprender las convenciones melódicas en boga y perfeccionarse en las sutilezas de la entonación y los diversos ritmos, cruzados, compuestos, implícitos y omitidos. Kershaul sostenía que la música sirenesa constituía un tema fascinante, y Thissell se vio obligado a reconocer que por lo menos era inagotable. Los instrumentos, afinados en cuartos de tono, admitían el uso de veinticuatro tonos; éstos, multiplicados por los cinco modos de empleo general, proporcionaban ciento veinte escalas diferentes. Sin embargo, Kershaul le aconsejó que se concentrase primero en aprender la tonalidad fundamental de cada instrumento en sólo dos modos.

Como no tenía nada urgente que hacer en Fan excepto visitar una vez por semana a Mathew Kershaul, Thissell llevó su casa flotante catorce kilómetros al sur, a sotavento de un promontorio rocoso. Thissell,

aparte de sus incesantes estudios, llevaba una vida idílica. El mar era sereno y cristalino; la playa, enmarcada por el follaje verde, gris y rojizo de la selva, se hallaba cerca cuando deseaba estirar las piernas.

Toby y Rex ocupaban dos cubículos de proa; él usaba las cabinas de la parte posterior. De vez en cuando jugaba con la idea de un esclavo más, quizás una muchacha joven, para agregar un elemento alegre y encantador a la familia; pero Kershaw se había mostrado dubitativo, temiendo que de algún modo eso disminuyera la intensidad de su concentración. Thissell estuvo de acuerdo y se consagró al estudio de los seis instrumentos.

Los días se sucedían con rapidez. Thissell no se cansaba nunca del amanecer y del ocaso, de las nubes blancas y el mar azul del mediodía, del cielo nocturno en que fulguraban las veintinueve estrellas del Racimo Globular SI 1-715. El viaje semanal a Fan rompía la rutina. Toby y Rex recolectaban alimentos; Thissell se procuraba instrucción y consejos en la fastuosa casa flotante de Mathew Kershaw.

Pero tres meses después de su llegada, un mensaje desorganizaba por completo su existencia. Haxo Angmark, agente provocador, hábil y despiadado asesino, había llegado a Sirene. «¡Arreste y encarcele a ese hombre», decían las órdenes. «Haxo Angmark es peligroso en grado sumo. Debe matarle sin vacilar ante la menor muestra de resistencia.»

Thissell no estaba por cierto en su mejor forma. Trotó cincuenta metros, empezó a jadear y continuó andando a través de las sierras bajas coronadas de negros helechos y cañas color claro, de las praderas donde amarilleaba la falsa nuez, de los huertos y los viñedos. Pasaron veinte minutos, y veinticinco, y Thissell, con una sensación de peso en el estómago, supo que era demasiado tarde. Haxo Angmark ya debía haber desembarcado, y quizá recorría en sentido inverso ese mismo camino. Pero Thissell sólo encontró cuatro personas: un muchacho con una máscara burlescamente agresiva de Isleño de Alk; dos chicas con el Ave Roja y el Ave Verde; un hombre con el Duende del Bosque. Al acercarse a ese hombre, Thissell se detuvo en seco. ¿Se trataba acaso de Angmark?

Ensayó una estratagema. Le hizo frente, contempló su repugnante máscara y dijo en el idioma de los Planetas Centrales:

—¡Angmark! ¡Queda arrestado!

El Duende del Bosque le miró sin comprender, y siguió caminando por el sendero.

Thissell se interpuso en su camino. Buscó su *ganga*, recordó la reacción previa del caballerizo, y arrancó un acorde del *zachinko*.

—Usted viene del espaciopuerto —cantó—. ¿Qué ha visto allí?

El Duende del Bosque tomó su clarín de mano —un instrumento utilizado para escarnecer al adversario en el campo de batalla, para reunir los rebaños y, eventualmente, para demostrar una instantánea ferocidad— y repuso:

—De dónde vengo y qué he visto, son cosas que sólo a mí me conciernen. Apártese o le pisaré la cara.

Avanzó, y si Thissell no se hubiese apartado, el Duende del Bosque hubiera sido muy capaz de cumplir su amenaza.

Thissell se quedó mirando la espalda que se alejaba. ¿Angmark? No era probable que tocara con tal perfección el clarín de mano. El representante consular vaciló, se volvió y continuó su camino.

Al llegar al espaciopuerto, fue directamente al despacho. La pesada puerta estaba abierta de par en par. Cuando Thissell se acercó, apareció un hombre, con una máscara de escamas verde oscuro, placas de mica, madera pintada de azul y plumas negras: el Pájaro del Lago.

—Ser Rolver —dijo ansioso Thissell—, ¿quién llegó en el *Carina Cruzeiro*?

Rolver miró con detenimiento a Thissell.

—¿Por qué me lo pregunta?

—¿Por qué? Usted debe haber visto el espaciograma de Castel Cromartin que he recibido.

—Ah, sí..., desde luego.

—Me lo entregaron hace apenas media hora —dijo con amargura Thissell—. He venido lo más aprisa que he podido. ¿Dónde está Angmark?

—Supongo que en Fan.

Thissell maldijo en voz baja.

—¿Por qué no le ha detenido o le ha entretenido de algún modo?

Rolver se encogió de hombros.

—Porque no tenía autoridad, deseo ni capacidad para hacerlo.

Thissell luchó contra su fastidio. Con voz deliberadamente serena agregó:

—Me encontré en el camino con un hombre que llevaba una máscara horrenda: ojos como platos, y barbas rojas.

—Un Duende del Bosque. Angmark llevaba consigo una máscara así.

—Pero si tocaba el clarín de mano —protestó Thissell—. ¿Cómo podía ser Angmark?

—Conoce bien Sirene; ha vivido cinco años aquí, en Fan.

—Cromartin no dice nada de eso —gruñó Thissell, molesto.

—Todo el mundo lo sabe. Era representante comercial antes de Welibus.

—¿Welibus y él se conocen?

Rolver se rió.

—Naturalmente. Pero no vaya a imaginar que el pobre Welibus es culpable de otra cosa que no sea falsear sus libros; le aseguro que no es cómplice de ningún asesino.

—Hablando de asesinos, ¿podría prestarme un arma?

Rolver le miró, incrédulo.

—¿Ha venido a capturar a Angmark con las manos desnudas?

—No tenía otra opción. Cuando Cromartin da una orden espera resultados. Y de todos modos, aquí estaba usted con sus esclavos.

—No cuente conmigo para nada —repuso con impertinencia Rolver—. Llevo el Pájaro del Lago y no pretendo tener valor. Pero puedo prestarle una pistola de energía. Hace tiempo que no la uso, y no puedo garantizar su carga.

—Es mejor que nada.

Rolver entró en su despacho y regresó con el arma.

—Y ahora, ¿qué piensa hacer?

Thissell movió la cabeza con fastidio.

—Trataré de encontrar a Angmark en Fan. ¿O puede que se dirija a Zundar?

Rolver reflexionó.

—Angmark podría sobrevivir en Zundar. Pero antes deberá poner a punto sus dotes musicales. Me figuro que se quedará unos días en Fan.

—¿Y cómo puedo encontrarle? ¿Dónde debo buscar?

—Eso no se lo puedo decir. Quizá sea más seguro que no le encuentre. Angmark es un hombre peligroso.

Thissell regresó a Fan por el mismo camino que había llegado.

Allí donde el sendero salía de las colinas a la llanura, se elevaba un edificio de gruesas paredes de adobe, *pisé de terre*. La puerta era una sólida plancha de madera negra de una sola pieza; las ventanas estaban protegidas por una reja de hierro. Era el despacho de Cornely Welibus, agente comercial, importador y exportador. Thissell halló a Welibus cómodamente instalado en la galería embaldosada, con una modesta adaptación de la máscara Waldemar. Parecía sumido en sus pensamientos, o quizá no reconoció la Polilla Lunar de Thissell. Fuera como fuese, no dio ninguna señal de bienvenida.

Thissell se aproximó.

—Buenos días, Ser Welibus.

Welibus, abstraído, movió la cabeza y dijo con voz monocorde, pulsando su *krodatch*.

—Buenos días.

Thissell se quedó perplejo. No era ése el instrumento apropiado para saludar a un amigo, aunque llevase la Polilla Lunar. Fríamente, dijo:

—¿Puedo preguntarle cuánto tiempo hace que está sentado aquí?

Welibus reflexionó medio minuto, y cuando habló se acompañó con el *crebarin*, más cordial. Pero el recuerdo del acorde de *krodatch* continuaba resonando en la mente de Thissell.

—Unos quince o veinte minutos. ¿Por qué me lo pregunta?

—¿No habrá visto pasar a un Duende del Bosque?

Welibus asintió.

—Bajó a la explanada y creo que entró en la primera tienda de máscaras.

Thissell silbó entre dientes. Ése debía ser, naturalmente, el primer movimiento de Angmark.

—Si cambia de máscara, no lo encontraré jamás —murmuró.

—¿Quién es ese Duende del Bosque? —preguntó Welibus, sin mayor interés.

Thissell no vio razón para ocultar el nombre.

—Un conocido criminal: Haxo Angmark.

—¡Haxo Angmark! ¿Está seguro que se encuentra aquí?

—Razonablemente seguro.

Welibus se frotó las manos temblorosas.

—Es una mala noticia... ¡Muy mala noticia! Es un canalla sin escrúpulos.

—¿Le conocía usted bien?

—Muy bien. —Welibus se acompañaba ahora con el *kiv*—. Tenía el cargo que ahora ocupo yo. Llegué aquí como inspector, y descubrí que se embolsaba cuatro mil UMIs mensuales... Estoy seguro que no siente la menor gratitud hacia mí. —Welibus miró nerviosamente hacia la explanada—. Espero que lo atrape.

—Haré lo posible. ¿Dice usted que entró en la tienda de máscaras?

—Así es.

Thissell se alejó, y oyó que la puerta negra se cerraba con violencia a sus espaldas.

Caminó por la explanada hasta la tienda del fabricante de máscaras, y se detuvo en el exterior como admirando lo que se exhibía en el escaparate: un centenar de máscaras en miniatura hechas de madera y minerales raros, y adornadas con escamas de esmeralda, con sedas finísimas, alas de avispa, escamas de pez petrificadas y otros materiales por el estilo. No había nadie en la tienda aparte del artesano, un hombre nudoso y encorvado, vestido de amarillo, que llevaba una máscara engañosamente simple de Experto Universal, hecha con más de dos mil elementos de madera articulados.

Thissell pensó lo que diría y cómo se acompañaría, y entró. El creador de máscaras advirtió su timidez y su Polilla Lunar y continuó con su tarea.

Thissell optó por el más sencillo de sus instrumentos, y pulsó su *strapan*, aunque no era la elección más feliz porque suponía cierto grado de condescendencia. Thissell intentó corregir ese matiz cantando en tono cálido y casi efusivo, y sacudiendo alegremente el *strapan* cuando tocaba una nota falsa:

—Es interesante conversar con un extranjero; sus costumbres no son familiares, y excita la curiosidad. Hace menos de veinte minutos un extranjero penetró en esta fascinante tienda para cambiar su pardusca máscara de Duende del Bosque por una de las maravillosas e imaginativas creaciones aquí reunidas.

El artesano miró de lado a Thissell y, sin hablar, ejecutó una progresión de acordes en un instrumento que Thissell no había visto antes; se trataba de un pequeño saco flexible apretado contra la palma de la mano, del que salían, entre los dedos, tres cortos tubos. Cuando los tubos eran apretados hasta quedar casi obstruidos, y se forzaba el aire por la hendidura, brotaba un sonido similar al del oboe. A Thissell, cuyo oído estaba en formación, el instrumento le parecía difícil, el fabricante de máscaras, experto, y la música, penetrada por un profundo sentimiento de desinterés.

Thissell hizo un nuevo intento, manipulando laboriosamente su *strapan*. Cantó:

—Para el extranjero en un planeta lejano, la voz de un hombre de su tierra es como el agua para una planta marchita. Una persona capaz de unir a estos dos seres podría hallar satisfacción en un acto tan generoso.

El creador de máscaras tocó su propio *strapan*, del que arrancó sin esfuerzo una serie de escalas crecientes. Sus dedos se movían con tal rapidez que los ojos no podían seguirlos. Cantó en el estilo formal:

—Un artista valora sus momentos de concentración. No puede perder tiempo en intercambiar frases banales con personas cuyo prestigio es, en el mejor de los casos, mediocre.

Thissell intentó responder, pero el artesano inició una nueva serie de acordes cuya portentosa complejidad escapaba a la comprensión de Thissell, y continuó:

—Ha entrado en la tienda una persona que con toda evidencia sostiene por vez primera un instrumento tan complicado, porque la ejecución de su música admite críticas. Canta la nostalgia y el ansia de ver a otros seres como él. Disimula su inmenso *strakh* tras una Polilla Lunar, puesto que utiliza el *strapan* con un maestro artesano, y su voz es burlona y desdeñosa. El artista refinado y creativo ignora esa provocación; toca cortésmente su instrumento, se mantiene distante y confía en que el extranjero se cansará de ese juego y se marchará.

Thissell tomó su *kiv*:

—El noble hacedor de máscaras no me ha comprendido...

Fue interrumpido por un rápido *staccato*.

—Ahora el extranjero se mofa de la comprensión del artista.

Thissell rasgó furioso su *strapan*.

—Huyendo del calor, me he refugiado en una tienda pequeña y modesta. El artesano, aunque novato en el oficio, aprenderá muy pronto. Trabaja con ardor para perfeccionar su arte, tanto, que se niega a conversar con extraños, por grande que sea su necesidad.

El creador de máscaras depositó con cuidado su herramienta, y se puso de pie. Desapareció detrás de una cortina, y en seguida apareció con una máscara de hierro y oro. Llamas figuradas lamían su cráneo. Tenía en una mano un *skaranyi* y en la otra una cimitarra. Tocó una brillante serie de notas impetuosas y cantó:

—Aun el artista de mayor éxito puede aumentar su *strakh* matando monstruos marinos, Hombres de la Noche u ociosos insolentes. En este momento se presenta una ocasión. El artista contiene su ataque exactamente diez segundos, dado que el ofensor usa una Polilla Lunar.

Thissell pulsó desesperado su *strapan*:

—¿Ha entrado en la tienda un Duende del Bosque? ¿Salió de aquí con una nueva máscara?

—Han pasado cinco segundos —cantó el artesano, con un ritmo sostenido y ominoso.

Thissell, furioso y frustrado, se marchó. Cruzó la plaza y recorrió la explanada de parte a parte. Cientos de hombres y mujeres recorrían los muelles o permanecían en las cubiertas de sus casas flotantes; todos usaban máscaras elegidas para expresar su estado de ánimo, su prestigio o sus atributos especiales, y en todas partes se oía el tañido de sus instrumentos musicales.

Thissell no sabía qué hacer. El Duende del Bosque había desaparecido. Haxo Angmark vagaba libremente por Fan, y Thissell había fracasado en su empeño de cumplir las urgentes órdenes de Castel Cromartin.

Sonaron a sus espaldas unas notas casuales de *kiv*.

—Ser Polilla Lunar Thissell, se halla usted sumido en sus pensamientos.

El nombrado se volvió y encontró a su lado a un Búho de las Cavernas, con un sombrío manto gris y negro. Thissell reconoció la máscara, que simbolizaba la erudición y la exploración paciente de las ideas abstractas. Matthew Kershaul la había utilizado durante su encuentro, la semana anterior.

—Buenos días, Ser Kershaul —murmuró Thissell.

—¿Cómo van sus estudios? ¿Ha logrado obtener la escala de do sostenido mayor en el *gomapard*? Me pareció que encontraba desconcertantes esos intervalos inversos.

—He practicado algo —respondió Thissell, melancólico—. Pero como es muy probable que me envíen de vuelta a Polípolis, quizá sea todo tiempo perdido.

—¿Eh? ¿Cómo es eso?

Thissell le explicó la situación y le habló de Haxo Angmark. Kershaul asintió con gravedad.

—Recuerdo a Angmark. No posee un carácter benévolo, pero es un excelente músico, de ágiles dedos y verdadero talento para los nuevos instrumentos. —Pensativo, retorció la perilla de su máscara de Búho de las Cavernas—. ¿Cuáles son sus planes?

—No los tengo —repuso Thissell, arrancando a su *kiv* una frase doliente—. Ignoro qué máscara usa. Si no sé qué aspecto tiene, ¿cómo podré encontrarlo?

Kershaul daba tirones a su máscara.

—Antes prefería el Ciclo Exo Cambiano, y recuerdo que usó una serie completa de Ciudadanos del Mundo Inferior. Pero naturalmente sus gustos pueden haber cambiado.

—Así es —se quejó Thissell—. Podría estar a unos metros, y yo no lo sabría. —Miró con amargura la explanada, en dirección a la tienda de máscaras—. Nadie quiere decirme nada; no parece preocuparles que un asesino vague por sus muelles.

—Es natural. Las costumbres sirenasas son distintas de las nuestras.

—No tienen sentido de la responsabilidad. Me pregunto si le arrojarían una cuerda a un hombre que se estuviera ahogando.

—Es cierto que no les agrada entrometerse, pero es porque para ellos lo más valioso es la responsabilidad individual y la autosuficiencia.

—Muy interesante. Pero aún estoy a ciegas a propósito de Angmark.

Kershaul le miró gravemente.

—Y si logra encontrarlo, ¿qué hará?

—Cumplir las órdenes de mi superior —respondió Thissell, resuelto.

—Angmark es un hombre peligroso. Y tiene varias ventajas sobre usted.

—A pesar de ello, mi obligación es enviarlo a Polípolis. Lo más probable es que esté perfectamente, porque no tengo ni la más remota idea de su paradero.

Kershaul reflexionaba.

—Un extranjero no puede esconderse detrás de una máscara, al menos de los sireneses. Y aquí somos cuatro: Rolver, Welibus, usted y yo. Si otro extranjero se establece en Fan, muy pronto correrá la noticia.

—¿Y si se dirige a Zundar?

Kershaul alzó los hombros.

—No creo que se atreva. Y por otra parte...

Kershaul se interrumpió, y al percibir que Thissell se distraía, siguió su mirada. Un hombre con la máscara de Duende del Bosque se acercaba por la explanada. Kershaul intentó contener a Thissell, pero éste cortó el paso al Duende, echando mano a su arma.

—Haxo Angmark —exclamó—. No se mueva o le mataré. Está arrestado.

—¿Está seguro que es Angmark? —preguntó, preocupado, Kershaul.

—Lo averiguaré. Angmark, levante las manos.

El Duende del Bosque estaba paralizado por la sorpresa. Buscó su *zachinko*, tocó un arpegio interrogante y cantó:

—¿Por qué me molesta, Polilla Lunar?

Kershaul se adelantó y ejecutó una frase apaciguadora con su *slobo*.

—Temo que hubo una confusión, Ser Duende del Bosque, Ser Polilla Lunar busca a un extranjero con una máscara de Duende del Bosque.

La música del Duende del Bosque se tornó irritada. Bruscamente cambió su instrumento por el *stimic*.

—¿Esta Polilla Lunar afirma que soy un extranjero? Pues deberá probarlo, o tomaré represalias.

Kershaul miró preocupado a la multitud que se había reunido y de nuevo produjo una melodía tranquilizante.

—Estoy seguro que Ser Polilla Lunar no quería...

El Duende del Bosque lo interrumpió con una fanfarria de su *skaranyi*.

—Que demuestre lo que dice, o se prepare al derramamiento de sangre.

Thissell respondió:

—Muy bien. Demostraré lo que he dicho. —Se adelantó y aferró la máscara del Duende del Bosque—. Veamos su rostro para conocer su identidad.

El Duende del Bosque retrocedió, asombradísimo. Los curiosos estaban boquiabiertos, pero en seguida reaccionaron con un ominoso tamborileo de diversos instrumentos.

El Duende del Bosque llevó la mano a su cuello, tiró el cordón de su gong de duelos y aferró su cimitarra.

Kershaul se adelantó, tocando agitado su *slobo*. Thissell, avergonzado, se hizo a un lado, consciente de los ruidos amenazadores de la muchedumbre.

Kershaul entonaba excusas y explicaciones. Mientras el Duende respondía, le dijo a Thissell por encima del hombro:

—Corra o le matará. ¡De prisa!

Thissell vacilaba. El Duende del Bosque extendió la mano para apartar a Kershaul.

—¡Corra! —gritó éste—. ¡Vaya al despacho de Welibus y enciérrese!

Thissell echó a correr. El Duende del Bosque lo persiguió unos metros, luego pisó el suelo con furia y le dirigió una serie de resoplidos de escarnio con el clarín de mano, mientras de la multitud surgía un burlón contrapunto de *hymerkines*.

Y así concluyó la persecución. En lugar de refugiarse en el despacho de importación y exportación, Thissell se dirigió, después de un cauteloso reconocimiento, hasta el muelle donde se encontraba su casa flotante.

Cuando llegó era casi el ocaso. Rex y Toby estaban en cuclillas en la cubierta de proa, rodeados por las provisiones que habían traído: cestos de paja llenos de fruta y cereales, ánforas de vidrio azul que contenían vino, aceite y savia picante, tres lechoncitos en una jaula de mimbre. Partían nueces con los dientes, y arrojaban las cáscaras por encima de la borda. Miraron a Thissell, a quien le pareció que se ponían de pie con singular negligencia. Toby murmuró algo, y Rex contuvo la risa.

Thissell golpeteó furioso el *hymerkin* y cantó:

—Alejen la casa flotante de la costa. Esta noche nos quedamos en Fan.

En la intimidad de su cabina, se quitó la Polilla Lunar y contempló sus casi olvidadas facciones. Tomó la máscara y examinó las características que odiaba: la piel velluda y gris, las antenas azules, los ridículos volantes de encaje. Poco se ajustaba su aspecto a la digna presencia del representante consular de los Planetas Centrales. Eso, si cuando Cromartin se enteraba de la libertad de Angmark conservaba su puesto.

Se dejó caer en un sillón y contempló meditativo el espacio. Había sufrido varios reveses, pero de ningún modo estaba derrotado. Al día siguiente visitaría a Matthew Kershaul, y ambos estudiarían juntos la mejor manera de localizar a Angmark. Como Kershaul señalara, no era posible disimular la llegada de un nuevo forastero. Pronto sería evidente la identidad de Haxo Angmark. Aparte de eso, debía procurarse una nueva máscara. Nada exagerada ni vanidosa, pero que expresara al menos un mínimo de dignidad y autoestima.

En ese momento uno de los esclavos llamó a la puerta, y Thissell se colocó apresuradamente la Polilla Lunar.

A la mañana siguiente, antes que la luz del alba abandonara el cielo, los esclavos, remando, llevaron la casa flotante hasta el sector del muelle destinado a los extranjeros. Ni Rolver ni Welibus ni Kershaul habían llegado aún. Thissell esperaba con impaciencia. Una hora más tarde, la embarcación de Welibus llegó al muelle; como Thissell no deseaba hablar con él, permaneció en su cabina.

Momentos después apareció la casa flotante de Rolver. Thissell le vio por la ventana mientras descendía al muelle con su habitual Pájaro del Lago. Lo recibió allí un hombre que llevaba una máscara de Tigre de Arena, con melena rubia, el cual acompañaba formalmente con su *gomapard* el desconocido mensaje que le daba a Rolver.

Éste parecía sorprendido y turbado. Al cabo de un instante, tomó también su *gomapard* y, mientras cantaba, indicó la casa flotante de Thissell. Luego se inclinó y siguió su camino.

El hombre de la máscara de Tigre de Arena ascendió por la escalerilla con grave dignidad y golpeó en las amuras.

Thissell se presentó. La etiqueta de Sirene no exigía que invitara a bordo a visitantes casuales, de modo que se limitó a ejecutar una interrogación en su *zachinko*.

El Tigre de Arena tocó su *gomapard* y cantó:

—El amanecer suele ser espléndido en la bahía de Fan. El cielo es blanco, con zonas verdes y amarillas; cuando Mireille se eleva, la niebla arde y se retuerce como una llamarada. El que canta deriva mayor goce de esta hora cuando no aparece el cadáver flotante de un extranjero para estropear la serenidad del panorama.

Casi por su propia cuenta, el *zachinko* de Thissell emitió una asombrada pregunta. El Tigre de Arena se inclinó con dignidad.

—El cantante no reconoce par en materia de firmeza de genio; sin embargo, no desea ser atormentado por las extravagancias de un fantasma insatisfecho. Por lo tanto, ha ordenado a sus esclavos que aten una correa al tobillo del cadáver; y ahora, mientras conversamos, han atado el otro extremo a la popa de su casa flotante. Sin duda, querrá usted proceder a los ritos que se usen en el mundo exterior, sean cuales fueren. Quien canta le desea un buen día y parte de inmediato.

Thissell corrió a popa. Vio el cadáver casi desnudo y sin máscara de un hombre maduro, sostenido por el aire que llenaba sus pantalones.

Thissell estudió su rostro. Le parecía insulso y sin carácter, seguramente por el hábito de usar máscara. Tenía una estatura y peso medianos, y Thissell estimó la edad entre cuarenta y cinco y cincuenta años. El pelo era castaño y los rasgos estaban borrados por el agua del mar. Nada indicaba cómo había muerto.

Debía ser Haxo Angmark, pensó Thissell. ¿Quién más podía ser? ¿Matthew Kershaul, quizá? ¿Por qué no? Thissell se interrogaba inquieto. Rolver y Welibus ya habían desembarcado, rumbo a sus ocupaciones. Miró hacia la bahía y vio llegar la casa flotante de Kershaul; éste bajó a tierra con su máscara de Búho de las Cavernas.

Parecía abstraído, porque pasó junto a la embarcación de Thissell sin alzar una mirada. Éste se volvió hacia el cadáver. Entonces era Angmark, sin duda. ¿Acaso no habían salido de sus embarcaciones Rolver, Welibus y Kershaul, con sus máscaras características? Por lo tanto, el cadáver de Angmark... La solución más obvia no quería asentarse en la mente de Thissell. Kershaul había observado que otro extranjero sería identificado de inmediato. ¿Cómo podía Angmark, por lo tanto, mantenerse a cubierto si no...? Thissell hizo a un lado la idea. El cadáver era evidentemente el de Angmark.

Y sin embargo...

Thissell llamó a sus esclavos y ordenó que trajesen una caja adecuada, colocasen dentro el cadáver, y lo llevaran a un lugar destinado al reposo. Como los esclavos no se mostraran entusiastas, debió repiquetear vigorosa, ya que no diestramente, su *hymerkin* para apoyar sus instrucciones.

Luego recorrió el muelle, subió por la explanada hasta el despacho de Cornely Welibus y siguió el agradable sendero que llevaba al campo de aterrizaje.

Rolver no había llegado aún. Un esclavo de mayor categoría acreditada por una roseta amarilla sobre la máscara de tela negra, le preguntó en qué podía servirle. Thissell manifestó que deseaba enviar un mensaje a Polípolis. El esclavo replicó que no había inconveniente; si Thissell lo escribía en letra imprenta legible, sería despachado en el acto.

Thissell escribió:

«Extraño del Mundo Exterior encontrado muerto; posiblemente Angmark. Edad 48, físico medio, pelo castaño. Faltan otros medios de identificación. Espero respuesta y/o instrucciones.»

Puso como destinatario a Castel Cromartin, de Polípolis, y se lo entregó al esclavo jefe; un momento después, oyó el chisporroteo característico de las descargas transespaciales.

Pasó una hora. Rolver no apareció. Thissell paseaba nervioso de un lado a otro ante el despacho; no podía saber cuánto tiempo debía esperar la respuesta. Las transmisiones transespaciales variaban de forma impredecible. Unas veces el mensaje llegaba en microsegundos, otra vagaba durante horas por regiones imposibles de conocer, y había varios casos registrados de mensajes recibidos antes de ser transmitidos.

Media hora después llegó Rolver, con su acostumbrada máscara de Pájaro del Lago. En ese mismo momento, Thissell escuchó el silbido del mensaje que llegaba.

—¿Qué le trae por aquí tan temprano? —dijo Rolver, mostrándose sorprendido.

Thissell explicó:

—Es por el cadáver que envió usted esta mañana. He comunicado la novedad a mis superiores.

Rolver alzó la cabeza y prestó atención.

—Parece que tiene respuesta. Me ocuparé de ello.

—¿Para qué molestarse? Su esclavo parece competente.

—Es mi trabajo. Soy responsable de la transmisión y recepción de todos los espaciogramas.

—Le acompañaré. Siempre he querido ver cómo funciona el equipo.

—Temo que no sea lo correcto —replicó Rolver, mientras se dirigía a la puerta del despacho interior—. Le traeré su mensaje de inmediato.

Thissell protestó, pero Rolver le ignoró y pasó al interior. Cinco minutos después reapareció con un pequeño sobre amarillo.

—No son buenas noticias —anunció, con simpatía poco convincente.

Thissell abrió el sobre. El mensaje decía:

«El cuerpo no es de Angmark. Angmark tiene el pelo negro. ¿Por qué no lo detuvo al desembarcar? Grave infracción, muy disgustado. Regrese a Polípolis en la primera oportunidad.

»Castel Cromartin«

Thissell se guardó el mensaje en el bolsillo.

—A propósito, puedo preguntarle... ¿Cuál es el color de su pelo?

Rolver ejecutó un breve trino de sorpresa en su *kiv*.

—Soy rubio. ¿Por qué me lo pregunta?

—Simple curiosidad.

Rolver siguió tocando su *kiv*.

—Ahora le comprendo, amigo mío, ¡cuán suspicaz es! Mire.

Se volvió y apartó los pliegues de su máscara sobre la nuca.

—¿Está convencido?

—Por supuesto. Ah, otra cosa, ¿no podría prestarme otra máscara? Estoy harto de la Polilla Lunar.

—Lo lamento, pero no puedo. Le basta con acudir a una tienda de máscaras y elegir la que le agrade.

—Sí, claro —respondió Thissell.

Se despidió de Rolver y regresó a Fan. Al llegar al despacho de Welibus vaciló y luego entró. Welibus usaba una fantástica máscara con prismas de cristal verde y cuentas de plata. Thissell jamás había visto una igual.

Welibus le saludó con cautela, acompañándose con el *kiv*.

—Buenos días, Ser Polilla Lunar.

—No le entretendré mucho tiempo. Deseo hacerle una pregunta bastante personal. ¿Cuál es el color de su pelo?

Welibus titubeó una fracción de segundo, luego se dio vuelta y alzó la parte inferior de su máscara, descubriendo unos densos rizos negros.

—¿Contesta esto a su pregunta?

—Definitivamente —respondió Thissell.

Cruzó la explanada, y fue por el muelle hasta la casa flotante de Kershaul. Éste lo saludó sin entusiasmo y le invitó a bordo con un gesto resignado con la mano.

—Querría saber una cosa —dijo Thissell—. ¿Qué color de pelo tiene?

Kershaul rió con nostalgia.

—Lo poco que me queda es negro. ¿Por qué?

—Por curiosidad.

—Vamos, vamos —dijo Kershaul, con inusitada rudeza—. Será por algo más.

Thissell, que necesitaba consejo, lo admitió.

—La situación es ésta: esta mañana ha aparecido en el puerto un extranjero muerto, de pelo castaño. No estoy del todo seguro, pero la probabilidad que Angmark tenga el pelo negro es... de dos sobre tres.

Kershaul dio tirones a la perilla de su máscara de Búho de las Cavernas.

—¿Cómo establece usted esa probabilidad?

—He recibido la información de mis superiores de manos de Rolver. Y tanto Welibus como usted admiten tener el pelo negro.

—Hum. A ver si le he entendido. A usted le parece que Haxo Angmark ha matado a Rolver, a Welibus o a mí, y que ha asumido la identidad del muerto. ¿Es así?

Thissell lo miró sorprendido.

—Usted mismo me dijo que Angmark no podía buscar una casa sin ponerse en evidencia. ¿No lo recuerda?

—Sí, por supuesto. Sigamos. Rolver le entregó un mensaje que dice que Angmark tiene el pelo negro, y él manifestó ser rubio.

—Así es. ¿Puede usted confirmarlo? Quiero decir, el antiguo Rolver...

—No —repuso tristemente Kershaul—. Nunca he visto sin máscara a Welibus ni a Rolver.

—Si Rolver no es Angmark y si es cierto que Angmark tiene el pelo negro, los sospechosos son usted y Welibus.

—Correcto —dijo Kershaul, y se quedó mirando a Thissell—. Pero entonces, usted mismo podría ser Angmark. ¿Cuál es el color de su pelo?

—Castaño —respondió Thissell, mientras levantaba la piel gris de la Polilla Lunar sobre su nuca.

—Usted podría haber mentido en cuanto al texto del mensaje.

—Pero no lo he hecho. Si lo desea, puede consultar con Rolver.

Kershaul meneó la cabeza.

—No es necesario. Le creo. Pero, ¿y las voces? Usted nos ha oído hablar antes y después de la llegada de Angmark. ¿No encuentra diferencias?

—No. Estoy tan alerta a cualquier sospecha de cambio que todos ustedes parecen distintos. Además, las máscaras disimulan la voz.

Kershaul tiró de la perilla del Búho de las Cavernas.

—No veo ninguna solución. De todos modos, ¿tiene que haber una solución? Antes de la llegada de Angmark, estábamos Rolver, Welibus, Kershaul y Thissell. Y ahora, para todas las finalidades prácticas, seguimos estando Rolver, Welibus, Kershaul y Thissell. ¿Quién puede afirmar que el nuevo miembro no será mejor que el antiguo?

—Es una idea interesante, pero ocurre que yo tengo particular interés en identificar a Angmark. Mi carrera está en juego.

—Comprendo. Entonces se trata de un problema entre Angmark y usted.

—¿No va a ayudarme?

—De un modo activo, no. Pesa sobre mí el individualismo sirenés. Y pienso que Rolver y Welibus dirán lo mismo. —Suspiró—. Hemos estado aquí demasiado tiempo.

Thissell permaneció sumido en sus reflexiones. Kershaul aguardó pacientemente, y luego dijo:

—¿Desea preguntarme algo más?

—No. Sólo quería pedirle un favor.

—Si puedo, lo haré —dijo cortésmente Kershaul.

—Présteme uno de sus esclavos durante una o dos semanas.

Kershaul tocó una exclamación jocosa en su *ganga*.

—No me gusta separarme de mis esclavos. Me conocen demasiado bien.

—Apenas capture a Angmark se lo devolveré.

—Está bien —repuso Kershaul. Llamó con el *hymerkin* y apareció un esclavo—. Anthony —cantó—, acompañarás a Ser Thissell y le servirás durante un período breve.

El esclavo se inclinó sin alegría.

Thissell fue con Anthony a su casa flotante, le interrogó durante un rato y anotó algunas de sus respuestas en una tabla. Luego le pidió que no hablara de su conversación, y lo dejó al cuidado de Rex y Toby. Ordenó también que alejaran la casa flotante del muelle y que no permitieran a nadie subir a bordo hasta su regreso.

Volvió a recorrer el camino hasta el campo de aterrizaje y encontró a Rolver a punto de comer pescado con hierbas, corteza desmenuzada del árbol de la ensalada y un bol de grosellas locales. Rolver golpeó su *hymerkin* y un esclavo trajo rápidamente un cubierto.

—¿Cómo marcha su investigación?

—No podría proclamar sus progresos —respondió Thissell—. Pero supongo que puedo contar con su ayuda.

Rolver emitió una risa rápida.

—Puede contar con mis mejores deseos.

—Más concretamente —insistió Thissell—, quiero que me preste unos días a uno de sus esclavos.

Rolver interrumpió su comida.

—¿Para qué?

—Preferiría no dar explicaciones. Pero le aseguro que tengo buenos motivos.

Desganadamente, Rolver llamó a un esclavo y le indicó que se pusiera al servicio de Thissell.

De regreso a su casa flotante, éste se detuvo en el despacho de Welibus. Al entrar, Welibus alzó la vista.

—Buenas tardes, Ser Thissell.

Thissell fue directamente al grano.

—Ser Welibus, ¿me prestaría un esclavo unos pocos días?

El comerciante titubeó y luego se encogió de hombros.

—¿Por qué no? —Golpeó su *hymerkin* y apareció un esclavo—. ¿Le gusta éste? ¿O preferiría una jovencita? —agregó, con una risa que a Thissell se le antojó intencionada.

—Está bien. Se lo devolveré muy pronto.

—No hay prisa.

Welibus hizo un gesto vago y volvió a su tarea.

Una vez en su casa flotante, Thissell interrogó por separado a cada uno de los dos nuevos esclavos he hizo anotaciones en su tabla.

El ocaso cayó poco a poco sobre el océano Titánico. Rex y Toby volvieron a remar para alejar la casa flotante del muelle sobre las sedosas aguas, mientras Thissell, en cubierta, escuchaba el canto de las suaves voces y el sonido de los instrumentos. Las luces de las demás casas flotantes eran amarillas, y pasaban al rojo cuando se apagaban. La costa estaba oscura; a esa hora, los Hombres de la Noche se deslizaban a hurgar entre las basuras y miraban envidiosos el mar.

Al cabo de nueve días llegaría a Sirene, en viaje regular, el *Buenaventura*. A Thissell se le había ordenado regresar a Polípolis. ¿Tendría tiempo, en nueve días, de localizar a Haxo Angmark?

Eran pocos días, pensó. Y también suficientes.

Pasaron dos días, tres, cuatro, cinco. Thissell bajaba a tierra y visitaba a Rolver, a Welibus y a Kershaul.

Todos reaccionaban de modo diferente. Rolver se mostraba irritable y sardónico; Welibus, formal y aparentemente amable; Kershaul, indulgente, pero a todas luces impersonal y distante.

Thissell se mostraba ecuánime ante las ácidas burlas de Rolver, la jovialidad de Welibus y la lejanía de Kershaul. Y al regresar a su casa flotante, agregaba anotaciones a su tabla.

Pasaron el sexto, el séptimo y el octavo día. Rolver, con su brutal franqueza, le preguntó si deseaba un pasaje a bordo del *Buenaventura*. Thissell meditó y dijo:

—Sí. Convendría reservar un pasaje.

—De vuelta al mundo de los rostros —dijo Rolver, estremeciéndose—. Rostros pálidos y de ojos de pescado en todas partes. Bocas pastosas, narices ganchudas y picadas, caras chatas y flácidas... No sé si podría soportarlo después de vivir aquí. Es una suerte que no se haya convertido en un verdadero sirenés.

—Yo no volveré.

—Creí que me pedía una reserva.

—Así es. Para Haxo Angmark, que volverá a Polípolis en la prisión de la nave.

—Muy bien. Así que lo ha encontrado.

—Naturalmente. ¿Usted no?

Rolver se encogió de hombros.

—Por lo que a mí respecta, o es Welibus, o es Kershaul. Mientras lleve su máscara y se llame Welibus o Kershaul, no me importa.

—A mí me importa, y mucho. ¿A qué hora sale el transbordador?

—Exactamente a las once y veintidós. Si Haxo Angmark va a viajar, dígame que llegue a la hora.

—Aquí estará —respondió Thissell.

Hizo su visita habitual a Welibus y a Kershaul y, al regresar a su casa flotante, agregó tres marcas a su tabla. Allí estaba la prueba, clara y convincente. No era incontrovertible, pero bastaba para dar un paso decisivo. Examinó su arma. Al día siguiente se resolvería todo. No podía permitirse ningún error.

El día amaneció blanco y brillante. El cielo era como el interior de la concha de una ostra, y Mireille se elevaba a través de una niebla nacarada. Toby y Rex, remando, llevaron la casa flotante al muelle. Las otras embarcaciones de extranjeros flotaban soñolientas sobre las olas perezosas.

Thissell miraba en particular una de ellas, cuyo propietario fue asesinado y arrojado al agua por Haxo Angmark, y que ahora se acercaba a la costa. El asesino estaba en la cubierta de proa, con una máscara, que Thissell jamás había visto, de vidrio negro, plumas rojas y erizado pelo verde.

Thissell no podía menos que admirar su frescura. Un plan inteligente, bien concebido y realizado, pero frustrado por una dificultad insuperable.

Angmark volvió al interior. La casa flotante llegó al muelle, los esclavos lanzaron las amarras y colocaron la planchada. Thissell, con el arma lista en el bolsillo de la túnica, avanzó por el muelle, subió a bordo y empujó la puerta del salón. El hombre que estaba ante la mesa alzó su máscara negra, roja y verde, sorprendido.

—Por favor, Angmark —dijo Thissell— no intente nad...

Golpeado desde atrás con un objeto contundente, cayó al suelo. Diestramente le quitaron el arma. Sonó el *hymerkin* y una voz cantó:

—Aten las manos a este necio.

El hombre de la mesa se levantó y se quitó la máscara roja, negra y verde. Llevaba debajo el trapo oscuro de los esclavos. Thissell volvió la cabeza. Detrás de él se encontraba Haxo Angmark, con la máscara conocida como Domador de Dragones. Era de metal negro, con párpados retráctiles, una hoja de cuchillo a modo de nariz y una triple cresta en el cráneo. Era imposible leer la expresión de la máscara, pero la voz de Angmark sonaba triunfal.

—Ha sido muy fácil atraparle.

—Así parece —dijo Thissell.

El esclavo terminó de atar sus muñecas. El repique del *hymerkin* hizo que se marchara.

—Póngase de pie —ordenó Angmark—, y siéntese en esa silla.

—¿Qué estamos esperando?

—Dos de nuestros amigos están todavía en el mar. No los necesitaré para lo que he pensado.

—¿Qué es ello?

—Lo sabrá a su debido tiempo. Nos quedan una o dos horas.

Thissell puso a prueba las ligaduras. Eran sólidas, sin duda alguna.

Angmark se sentó.

—¿Cómo supo que era yo? Admito que siento curiosidad... Vamos, vamos —reprendió, al advertir el aire reservado de Thissell—, reconozca que lo he vencido. No haga las cosas más difíciles para usted.

Thissell se encogió de hombros.

—Trabajé según un principio básico. Un hombre puede enmascarar su rostro, pero no su personalidad.

—¡Vaya! Muy interesante —exclamó Angmark—. Continúe.

—Les pedí un esclavo a usted y a los otros dos extranjeros, y los interrogué a fondo. Les pregunté qué máscaras habían usado sus dueños durante el mes anterior. Preparé una tabla y anoté sus respuestas. Rolver usó el Pájaro del Lago aproximadamente el ochenta por ciento del tiempo, dividiendo el veinte por ciento restante entre la Abstracción Sofista y el Embrollo Negro. Welibus mostraba cierta preferencia por los héroes del Ciclo de Kan–Dachan: usó el Chalekún, el Príncipe Intrépido y el Marván seis días de cada ocho. Los otros días llevaba el Viento del Sur y el Alegre Compañero. Kershaul, más conservador, había optado por el Búho de las Cavernas y el Vagabundo Estelar, usando muy de tarde en tarde otras dos o tres máscaras.

»Como le he explicado, obtuve esa información por la fuente que juzgué más segura, es decir los esclavos. El siguiente paso fue vigilarles a los tres. A diario anoté las máscaras que usaban. Rolver se puso seis veces el Pájaro de Lago, y el Embrollo Negro, dos. Kershaul salió con el Búho de las Cavernas cinco veces, y una con el Vagabundo Estelar, el Quincunx y el Ideal de Perfección. Welibus utilizó dos veces el Monte de Esmeralda, tres el Triple Fénix, una el Príncipe Intrépido y dos el Dios Tiburón.

Angmark asintió, pensativo.

—Ahora comprendo mi error —dijo—. Elegí las máscaras entre las de Welibus, pero de acuerdo con mis propios gustos. Y éstos delataron mi identidad, aunque sólo para usted. —Se puso de pie y fue hasta la ventana—. Aquí llegan Kershaul y Rolver; pronto se dirigirán a sus ocupaciones... Aunque no creo que intervinieran, de todos modos. Ambos se han convertido en buenos sireneses.

Thissell esperaba en silencio. Pasaron diez minutos. Luego, Angmark tomó un cuchillo de un estante, y miró a su víctima.

—De pie —ordenó.

Thissell obedeció, despacio. Angmark se le acercó de lado y le quitó la Polilla Lunar. Thissell intentó en vano retenerla, pero ya era tarde, tenía el rostro descubierto, desnudo.

Angmark se apartó, se quitó su propia máscara y se colocó la Polilla Lunar. Luego llamó con el *hymerkín*. Acudieron dos esclavos que quedaron paralizados ante la vista de Thissell.

Angmark tamborileó rápidamente y cantó:

—Lleven a este hombre al muelle.

—Angmark —imploró Thissell—. ¡No tengo máscara!

Los esclavos le sacaron fuera, pese a sus desesperados esfuerzos, y Angmark le echó una soga al cuello.

—Ahora —dijo—, usted es Haxo Angmark y yo, Edwer Thissell. Welibus está muerto, y también usted morirá pronto. No tendré la menor dificultad en reemplazarle en su trabajo; tocaré los instrumentos como los Hombres de la Noche, y cantaré como un cuervo. Usaré la Polilla Lunar hasta que se pudra y después me procuraré otra. Se sabrá en Polípolis que Haxo Angmark ha muerto y todo quedará en paz.

Thissell casi no lo escuchaba.

—No puede hacerme esto —gemía—. Mi máscara, mi rostro...

Una mujer robusta, con una máscara de flores rosadas y celestes, caminaba por el muelle. Vio a Thissell, emitió un agudo chillido y cayó de bruces sobre el pavimento.

—Vamos —dijo alegremente Angmark, tirando de la soga.

Angmark tocaba el *zachinko* y cantaba:

—He aquí al famoso criminal Haxo Angmark. Su nombre es aborrecido en todos los mundos exteriores. Ahora ha sido capturado y se le conduce a la muerte, expuesto a la vergüenza pública. ¡Miren a Haxo Angmark!

Entraron en la explanada. Un chico gritó de miedo y un hombre de asco. Thissell trastabilló. A través de sus lágrimas sólo podía ver formas y colores borrosos. La poderosa voz de Angmark cantaba:

—¡Contemplen todos al criminal extranjero Haxo Angmark! ¡Vengan a ver su ejecución!

Thissell exclamó con voz débil:

—No soy Angmark; soy Edwer Thissell; él es Angmark.

Nadie lo escuchaba; todos proferían exclamaciones de consternación, disgusto o repugnancia ante la vista de su rostro. Suplicó a Angmark:

—Deme mi máscara, al menos un trapo de esclavo...

Angmark cantaba jubiloso:

—Ha vivido en el oprobio y ahora, desenmascarado, morirá también en el oprobio.

Un Duende del Bosque se detuvo ante Angmark.

—Polilla Lunar, volvemos a encontrarnos.

Angmark cantó:

—Apártate amigo Duende; debo ejecutar a este criminal, que ha vivido en la vergüenza y ha de morir en ella.

Se había reunido una muchedumbre en torno a ellos. Las máscaras miraban a Thissell con morbosa curiosidad.

El Duende del Bosque arrebató la soga de manos de Angmark y la arrojó al suelo. La muchedumbre rugió. Voces aisladas dijeron:

—Que no haya duelo, que no haya duelo, ¡ejecuten al monstruo!

Alguien cubrió la cabeza de Thissell con una tela. Y cuando él esperaba la herida del cuchillo, le cortaron en cambio las ligaduras. No perdió un instante; se acomodó la tela, ocultando bien el rostro y mirando a través de los pliegues.

Cuatro hombres sostenían a Haxo Angmark. El Duende del Bosque, frente a él, tocaba un *skaranyi*.

—Hace una semana trató de arrancarme la máscara. ¡Ahora ha conseguido su perversa finalidad!

—Pero es un criminal —exclamó Angmark—. Un infame y notorio criminal.

—¿Cuáles son sus crímenes? —cantó el Duende del Bosque.

—Ha asesinado y traicionado; ha hundido barcos; ha torturado, chantajeado, robado y vendido niños como esclavos; ha...

El Duende del Bosque lo interrumpió.

—Las diferencias de opinión religiosa no tienen importancia. Pero todos somos testigos del crimen que usted acaba de cometer.

El caballero se adelantó y cantó airado:

—¡Esta insolente Polilla Lunar intentó privarme de mi mejor cabalgadura hace nueve días!

Otro hombre se abrió paso. Llevaba una máscara de Experto Universal, y cantó:

—Soy un maestro creador de máscaras. Reconozco al extranjero Polilla Lunar. Hace pocos días entró en mi tienda y puso en duda mi capacidad. ¡Merece la muerte!

—¡Muera el monstruo extranjero! —gritó la muchedumbre.

Una ola de hombres avanzó. Hojas de acero subieron y bajaron y se cumplió la exigencia.

Thissell miraba, inmóvil. El Duende del Bosque se le aproximó y, tocando el *stimic*, cantó con severidad:

—Nos inspira usted piedad, pero también furor. Un hombre de verdad jamás habría sufrido esa indignidad.

Thissell respiró profundamente. Tomó su *zachinko* y respondió:

—Amigo mío, me calumnia usted. ¿Acaso no reconoce el verdadero valor? ¿Qué preferiría, morir en el combate o caminar por la explanada sin su máscara?

El Duende del Bosque cantó:

—Sólo hay una respuesta posible. Elegiría morir en el combate. No podría soportar tal ignominia.

Thissell cantó a su vez:

—Pues yo afronté esa misma opción. Podía luchar con mis manos atadas, y morir. O también sufrir el oprobio y derrotar a mi enemigo. Quizás le falta *strakh* para un acto semejante. He demostrado heroica osadía, y les pregunto a todos: ¿quién de ustedes habría tenido el valor de hacer lo que yo he hecho?

—¿Valor? —preguntó el Duende del Bosque—. No le temo a nada, ni siquiera a la muerte a manos de los Hombres de la Noche.

—Conteste entonces.

El Duende del Bosque dio un paso atrás y pulsó su *kamanthil doble*:

—Si ése era el motivo, ha sido un verdadero acto de bravura.

El caballero produjo en su *gomapard* una serie de acordes en sordina y cantó:

—Ninguno de nosotros osaría hacer lo que ha hecho este hombre desenmascarado.

El fabricante de máscaras se acercó a Thissell, y tocó obsequioso su *kamanthil doble*:

—¿Querrá el Señor Héroe visitar mi tienda y cambiar este trapo vil por una máscara digna de él?

Otro fabricante de máscaras agregó:

—Antes de elegir, Señor Héroe, examine mis magníficas creaciones.

Un hombre con la máscara de Pájaro del Cielo Brillante se acercó a Thissell respetuosamente:

—Acabo de terminar una suntuosa casa flotante. En su construcción he invertido diecisiete años. Concédame el honor de aceptar y utilizar esa espléndida embarcación. A bordo le aguardan para servirle esclavos diligentes y muchachas encantadoras. Hay abundante vino en las bodegas y alfombras de seda en las cubiertas.

—Gracias —respondió Thissell, tocando con vigor y confianza su *zachinko*—. Acepto complacido. Pero lo primero de todo es una máscara.

El creador de máscaras tocó un trémolo interrogativo en su *gomapard*.

—¿Consideraría el Señor Héroe que un Conquistador del Dragón Marino es inferior a su dignidad?

—De ningún modo —respondió Thissell—. Me parece una máscara adecuada y satisfactoria. Iremos a verla ahora mismo.

FIN

- (1) ***Kiv***: Cinco hileras de tiras de metal resistente, catorce por cada hilera, que se tocaban al tacto, retorciéndolas o tañéndolas.
- (2) ***Stimic***: Tres tubos, similares a una flauta, equipados con émbolos. El pulgar y el índice apretaban una bolsa para obligar al aire a pasar por las piezas que se llevaban a la boca, mientras que el segundo, tercer y cuarto dedos manipulaban la vara. El *stimic* es un instrumento bien adaptado para expresar sentimientos de frío rechazo, e incluso de desaprobación.
- (3) ***Krodatch***: Pequeña caja cuadrada de resonancia dotada de cuerdas de tripa con resina. El músico rasga las cuerdas con su uña, o las golpea con las yemas de los dedos. Produce así una variedad de tranquilos sonidos formales. El *Krodatch* también es utilizado como instrumento de insulto.
- (4) ***Skaranyi***: Una pipa de bolsa en miniatura; el saco se aprieta entre el pulgar y la palma de la mano, mientras los cuatro dedos controlan los registros existentes a lo largo de los cuatro tubos.
- (5) ***Gomapard***: Uno de los pocos instrumentos eléctricos utilizados en Sirene. Un oscilador produce un tono similar al de un oboe que es modulado, elevado, vibrado y descendido en su agudeza por medio de cuatro llaves.
- (6) ***Kamanthil doble***: Un instrumento similar al *ganga*, excepto por el hecho que los tonos son producidos retorciendo e inclinando un disco de cuero resinoso, contra una o más de las cuarenta y seis cuerdas.